

Le dieron un buen día la cátedra de literatura en la Universidad de Mujeres. El profesorado, que a tantos hace odiosos, a ella la hizo simpática. Fué la única en reirse de su profesorado. Lo ejercía con la libertad más absoluta; sus discípulas, a quienes en cada uno de sus gestos daba una lección de vida propia, la adoraban. Recuérdese cómo, contra toda costumbre, acompañaron su cadáver al cementerio, y cómo hablaron después, por boca de la señorita Sofía Alvarez Vignoli, en el acto de recordación celebrado en la Universidad. Nada sabía de cursos ni pedagogías, pero realizó, sin proponérselo, el ideal del mejor magisterio: fué un fermento, un estímulo vivo de la juventud femenina en las aulas. Durante un tiempo, encantada y burlona, preguntaba a sus amigos si sabían qué es la polipote: ella acababa de descubrirlo y sonreía a la sorpresa del nombre ignorado para la cosa archiconocida. La oí interrogar, en exámenes de tercer año de bachillerato, a una jovencita cubierta de cintas y flores artificiales, sobre las diferencias del escepticismo (sic) en Manrique, Larra y Bécquer. Ante la pregunta, la examinanda y yo quedamos estupefactos, ella de boca cerrada, yo de boca abierta. María Eugenia Vaz Ferreira, impertérrita, pasó a otro tema con la tranquilidad segura de quien sigue su habitual camino. Así era ella, desconcertante y naturalísima.

Así a lo menos la he visto y la veré yo siempre que la recuerde, con su figura bohemia y soberana: el rostro amplio y atezado, de frente enérgica, de fuerte mandíbula, con la boca de labios gruesos pronta para la risa fácil y cordial, con las dos ascuas vivas de los ojos lucientes, bajo la maraña, con reflejos cobrizos, de su pelo oscuro; el cuerpo grande, que pudo ser el de una diosa y que fué, no más, la caja de un corazón impetuoso y el soporte de su cabeza soberbia; la mano y el brazo inquietos en ademán intenso de fiebre nerviosa.